Ana Garduño, Renato González Mello, Cristóbal Andrés Jácome, Jovita Millán, Margarita Tortajada, Álvaro Vázquez Mantecón

Ana Garduño y Renato González Mello (coordinación)

Cuarta parte. Arte
"Crítica literaria"
p. 485-496

Historia documental de México volumen III

Miguel León-Portilla (edición)

Cuarta edición corregida y aumentada

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

632 p.

Gráficas y cuadros

(Documental, 4)

ISBN obra completa: 978-607-02-4344-8
ISBN volumen 3: 978-607-02-4346-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Crítica literaria

Monsiváis: Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano (1987)

Situado claramente después del terremoto de 1985, al que alude constantemente, este texto de Carlos Monsiváis reivindica la vitalidad de la crónica como ejercicio de conocimiento de la realidad social, recoge testimonios de la cultura popular y reflexiona sobre los espectáculos de masas. Su ambivalencia ante la ideología nacionalista anticipa la crisis en la hegemonía cultural de ese sistema de pensamiento. RENATO GONZÁLEZ MELLO

Fuente: Carlos Monsiváis, "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", *Nexos,* México, 1 de enero de 1987.

[...]

I

¿Quién determina las características históricas de la nacionalidad? En lo fundamental, quien elige y acentúa los aspectos históricos y míticos que más le interesan es la burguesía en el poder, apoyada en el precario equilibrio entre los sectores liberal y conservador de las clases medias. El Estado

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

que surge de la lucha armada entre 1910 y 1920, requiere de un espacio de indefinición convincente que auspicie la sensación, mucho más que la idea, de la pertenencia desafiante a un país. Ya se era formalmente una nación y sin embargo pocos lo creían: lo que unificaba era lo que dividía, y la gente se afiliaba a regiones, grupos étnicos, causas políticas, gremios, clases sociales, bandos de caudillos. Se era maya, tarahumara, campesino, anarcosindicalista, sonorense, veracruzano, pequeño burgués, abogado, zapatero, pobre o rico, mucho más que mexicano.

A la caída de la dictadura de Porfirio Díaz, el nacionalismo es el lenguaje generalizado de la renovación. Es, en la práctica, la defensa de los intereses de una comunidad determinada geográficamente, la ideología de los rasgos colectivos más notables, el orgullo de las diferencias específicas, la mitificación de los comportamientos obsesivos, el ámbito del tradicionalismo cifrado en la religiosidad, el catálogo de los sentimientos más recurrentes. Es, también, el control estatal del significado de ser mexicano.

El nacionalismo es la premisa ideológica de la unidad y la consecuencia orgánica de la fuerza del Estado. Dialéctica sucinta: la vitalidad del nacionalismo solidifica al Estado, y el crecimiento del Estado le infunde legitimidad al nacionalismo. Por eso, a lo largo del siglo, el nacionalismo más promovido y más estudiado es el de los regímenes que a sí mismos se llaman de la Revolución Mexicana, y el que pretende acaparar el PNR/PRM/PRI. Es un nacionalismo belicoso o apaciguable, pleno de reivindicaciones o dispuesto al pragmatismo, primitivo o civilizado (todo según convenga). Mucho menos examinado es el nacionalismo que cunde en las clases populares, en respuesta a sus tradiciones, a las disposiciones de los gobiernos, y a la capacidad de aceptar algunas o muchas de las propuestas de la modernización.

A partir de 1910 distingo, con los entreveramientos del caso, cinco etapas en el nacionalismo popular: primero, la que habría que llamar de la "reaparición de México", 1910-1920; segundo, el reino del nacionalismo estatal postrevolucionario, 1920-1940; tercero, la era de la unidad nacional, 1940-1960; cuarto, la etapa de la aparición de la sociedad de masas, 1960-1981; quinto, la fase actual, de "postnacionalismo en la crisis", cuyo rasgo central parece ser un proceso de democratización bárbara de la vida cotidiana y la emergencia de nuevos localismos conectado sin embargo a

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

los contenidos y los instrumentos de comunicación masiva de la aldea global.

A la primera etapa (1910-1920) la unifica la sensación del descubrimiento del país. Octavio Paz le da curso lírico a esa experiencia en *El laberinto de la soledad* cuando habla de la revelación de la revolución, el vislumbramiento de la otredad y la identidad tras la máscara. A lo mejor, o tal vez lo que sucede es la incorporación brutal y mínima a los hechos de la nación de millones de individuos excluidos por la dictadura. Por primera vez este campesino asciende al tren, aquel anciano se aventura fuera de su pueblo, la mujer empuña un rifle, el obrero se calienta en las noches haciendo leña de los santos que veneraba hace una semana, la señorita pierde su virtud con tal de conservar viva a la dueña de la virtud, el general se olvida de sus hábitos recientes de peón. Los cambios no significan el fin de un sistema económico, pero denuncian las presiones de una revolución social y cultural en torno al nuevo trato del individuo con la nación.

El discurso histórico de caudillos y líderes vierte elogios sobre el sujeto aparente del relato, *el Pueblo*, más presente que la entidad *mexicanos*. Según los marxistas clásicos, en esos años el nacionalismo es, en lo básico, una treta de la burguesía para que sus intereses de clase se identifiquen como los intereses de la nación entera ("Los trabajadores no tienen patria", argumenta el *Manifiesto comunista*). Como sea, el nacionalismo también es una manera de comprender lo que está sucediendo. Los trabajadores mexicanos creen fervorosamente tener patria y examinar la letanía aduladora: el Pueblo, que hizo y continúa haciendo la revolución, se sacrifica con tal de crear instituciones. En su vida cotidiana no tiene dudas: la revolución fracasó, encumbró a los pícaros y sepultó a los idealistas; en tanto multitudes aceptan lo que no pueden enmendar y ven en el nacionalismo la identidad que les permite intuir o comprender el ritmo del desarrollo social.

Desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, este nacionalismo es novedoso. Si en el marxismo clásico, la nación y su ideología, el nacionalismo, son parte de la superestructura, derivaciones de la era capitalista, en países que por ignorancia de la historia se escapan de las leyes del marxismo clásico, el nacionalismo es también, al cabo de un proceso complejo, parte de la estructura mental y política. Al principio, y en esta primera etapa, el nacionalismo popular se expresa en la lealtad ciega a los

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

caudillos, en la ira ante la traición a los principios, en el cinismo, el escepticismo y oportunismo masivo que son aprendizaje de una realidad manejada desde arriba, en la disponibilidad física que es movilidad geográfica e invención del presente, en la ferocidad en el combate y en el saqueo que es indiferencia programada ante la muerte, y recuerdo de la moral de los hacendados porfiristas. Todos estos son rasgos nacionalistas, porque se consideran propios de un carácter colectivo, tal y como lo transmiten los corridos, las canciones revolucionarias, los sketches teatrales, el reacomodo de las costumbres.

[.]

II

En la segunda etapa (1920-1940), el Estado decide convertir el nacionalismo en la educación cívica y moral de las mayorías, la doctrina que no necesite de libros sino de espectáculos. Para esto patrocina una versión monumental de su historia (el muralismo o la Escuela Mexicana de Pintura), y promueve la alfabetización que amplía los límites de la nación y, de paso, capacita mano de obra para el desarrollo industrial; organiza la cultura laica a través de la Secretaría de Educación Pública, defiende sin gran ardor los adelantos económicos, políticos y jurídicos del pueblo que registra la Constitución de 1917, divide a los sectores en corporaciones, y, *last but not least*, se identifica literalmente con México exigiendo para el gobierno el respeto que a la nación se debe.

Ante una política que las toma poco en cuenta, pero que abre el horizonte de sus posibilidades, y ante un discurso que las adula ("Ustedes habitan un gran país, cuya trayectoria es síntesis de sufrimiento, dignidad y esperanza, y que requiere del concurso de todos. Ustedes son maravillosos porque son mexicanos"), las clases populares reaccionan de modo positivo, con dos grandes excepciones: los grupos étnicos, marginados por la lengua, el racismo interno y la doble explotación, y los grupos más tradicionalistas del campo y las ciudades. Pero la mayoría se va reconociendo en la selección de héroes, actitudes, frases, canciones, paisajes sociales, consignas, visiones utópicas y glorificación de rasgos negativos.

Para imponerse, es preciso enfrentarse a las dos grandes vertientes del nacionalismo de la derecha: la criolla y la campesina. En este orden de co-

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

sas, la guerra cristera (1926-1929) es al mismo tiempo revuelta agraria, acto sacramental y fe manipulada. En el Cinturón del Rosario (Michoacán, Guanajuato, Querétaro), los fanáticos matan y torturan, y se dejan matar y torturar en nombre de la fe. Ellos se sienten durante ese breve periodo, literalmente, el Pueblo de Dios, los cruzados que le extirparán a México el demonio bolchevique, el valladar contra la invasión protestante, judía y atea, los elegidos con los fusiles que curas y monjas bendijeron, los apóstoles cuya táctica de sobrevivencia es simple: si los escapularios no desvían las balas, siempre queda el recurso de perder la vida.

Al tradicionalismo criollo lo aísla la modernización. El último patético esfuerzo de rehabilitarlo se produce en el gobierno de López Portillo y su peregrinación natalicia al pueblo de donde algún antepasado salió apenas hace 500 años. Al tradicionalismo campesino lo vencen el ejército y el pacto con la jerarquía. Han afectado a unas regiones pero no han detenido la vida del país. La derecha no quiere advertir el centro de su derrota: la enseñanza primaria, sustento de la unificación del país y correa de transmisión del impulso nacionalista. En 1934, en un discurso en Guadalajara, el ex presidente Plutarco Elías Calles es categórico: hay que arrebatarle a la iglesia el "alma de los niños". El contenido del lema es sencillo: necesitamos implantar un sentido unívoco de la nacionalidad como historia y como obediencia a las instituciones: éstos son los héroes, éstos son los villanos, éstas son las leyes justas, éste es el lenguaje nacional, éste es el gobierno que demanda nuestro respeto, ésta es la auténtica emoción patria. La campaña, que cuesta muchas víctimas, tiene éxito. En 1910 el 20 por ciento de la educación primaria depende del gobierno; en 1986, el 93 por ciento.

En esta etapa, todavía lo regional es preponderante. Se es primero veracruzano o oaxaqueño que mexicano, lo que en mucho depende de la resistencia social y psicológica a los excesos y saqueos del centralismo. En respuesta, y con rapidez, se ofrecen vías de unificación. La pedagogía nacionalista prodiga murales, libros de historia patria, novelas donde el pueblo sufre y se redime por la sangre, sinfonías de estímulo laboral, canciones de esencialización del "alma popular". A este proceso contribuye, de modo enorme y genuino, el gobierno del general Lázaro Cárdenas, que le imprime velocidad a la Reforma Agraria, lleva a cabo la Expropiación Petrolera y vitaliza las posibilidades épicas de la nación.

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Agréguese a lo anterior el proceso de la izquierda, más nacionalista mientras más insiste en su internacionalismo proletario, y el abandono rencoroso de la contienda ideológica por parte de la derecha, que se decide por el exilio interior. Queda el campo libre para el manejo estatal del nacionalismo, lo que explica las dificultades para distinguir en esta etapa entre nacionalismo de régimen y nacionalismo popular. El pueblo cree en la mitología que se le ofrece y el Estado ofrece una mitología parcialmente forzada por las creencias del pueblo. Desde fuera, el nacionalismo parece la única proposición global para entender el destino de una sociedad.

El Estado lo acepta y muchos sectores lo perciben: este nacionalismo no es lo moderno, pero es el método unificador sin el cual no procede la modernización. Tómenlo o déjenlo: se acepta que la nación es, al mismo tiempo, la forma y el contenido, la legislación y el espíritu de los mexicanos, o se vive aquí sin entender las claves de lo real, convenidas entre el Estado y las mayorías. Durante esta etapa, en lo cultural y en lo social, el nacionalismo parece serlo todo.

[...]

III

En la tercera etapa del nacionalismo popular, de 1940 a 1960, el elemento dominante es la campaña de la Unidad Nacional, sin duda la más exitosa de las promovidas por el Estado. Al principio, en 1941, el sentido del término Unidad Nacional es preciso: acción conjunta en tiempos de guerra de todas las clases sociales contra el nazismo y el fascismo. Casi de inmediato, se amplía el concepto: abolición de la lucha de clases, difusión de la idea de una sólida mentalidad esparcida entre ricos y pobres, la del Mexicano, celoso de su irresponsabilidad y vanidosamente pre-moderno. Es mujeriego, voluble, desobligado, incapaz de un esfuerzo sostenido, satisfecho ante su falta de profesionalismo (la Mexicana, cuando alguien se acuerda, es una convención del melodrama: "Como buena mexicana, sufriré el dolor tranquila", se dice en una canción).

El gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho propone la Unidad Nacional. Las élites están de acuerdo, los distintos grupos que componen la famosa abstracción, las masas, aceptan, y la industria cultural se aprovecha. En política, se cambia la solidaridad general por la complicidad secto-

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

rial: confróntese la diferencia entre el apoyo unánime de la población a la Expropiación Petrolera de Cárdenas y la felicidad exclusivamente burguesa ante la política agraria del presidente Miguel Alemán. En lo social aparece la cultura urbana que integra aspectos de lo campesino con los requerimientos de las ciudades y se divierte ante el modo en que el *show business* deforma y desaparece a muchas de sus tradiciones ("El otro día vi a un charro y a una china poblana sin necesidad de boleto"). Todo esto presidido por un hecho: la industrialización acelerada, que en lugar de suprimir el nacionalismo y las diferencias nacionales, los estimula mitológica y políticamente al insistir en un desarrollo nacional.

Lo que hace posible la aceptación gozosa de la Unidad Nacional es la idea del Progreso material que será un salto histórico. De modo inevitable, la idea del Progreso se finca sobre elementos religiosos, y su primera construcción visible es la creencia en la Escuela como instrumento de ascenso social. El Progreso es un sueño y un imperativo moral categórico que comparten todas las tendencias. La derecha abandona su fobia a los adelantos tecnológicos y la izquierda cede en su odio a lo que no tiene un signo ideológico visible. En algo se cree: la civilización sólo va en esa dirección. Si el Progreso es fatal y los cambios irreversibles, por lo menos que el Progreso, al abolir lo que se ha sido, elimine la pobreza, la ignorancia y la enfermedad. El Progreso traerá consigo un mayor conocimiento del mundo, un mayor poder sobre la realidad, las virtudes que el conocimiento infunde y la felicidad resultante. Al extenderse la secularización, la vida será cada día más racional. Y para arribar al Progreso sólo se requiere unirse con firmeza en torno a la Nación-Estado.

La estrategia del Progreso es el desarrollo intensivo del capital, que absorbe menos mano de obra y produce mayor concentración de la riqueza. Desde el principio, hay descontento. Sin embargo, la crítica al desarrollismo tarda en extenderse por la fuerza del Estado, y por la explosión de júbilo del nacionalismo popular que entre 1940 y 1960 vive su etapa magnífica de autoengaño y desenvolvimiento creativo cuyos fenómenos de gran originalidad se localizan sobre todo en la capital, pero abarcan al país entero, fruto del encuentro afortunado de los medios electrónicos y las tradiciones, de la relación dinámica entre el crecimiento urbano y la confianza en una psicología colectiva.

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Por otra parte, y culturalmente, el nacionalismo va dejando de ser la atmósfera omnipresente. En su etapa de júbilo social, la política de Buena Vecindad con Norteamérica y el desarrollo capitalista, impulsan a las clases dominantes a deshacerse de su influencia. A la burguesía el nacional ya no confiere status (ya no le es imprescindible internamente). A las clases populares todavía les resulta el (divertidísimo) instrumento de modernización.

[...]

IV

¿Por qué distingo entre la tercera etapa y la siguiente que ubico entre 1960 y 1980? Aunque continúan todos los procesos su intensificación masiva ---creo— los convierte en algo cualitativamente diferente. Prosigue el avance triunfal de la norteamericanización, apoyada en el culto fanático por la tecnología, que se importa en su totalidad; se solidifica el poder del Estado, se extiende la cultura urbana, se debilita la cultura campesina.

En el periodo de 1960-1980 se agudiza el *problema nacional*, que es en síntesis el de las presiones de la modernización sobre el nacionalismo. La modernización según el modelo norteamericano trae consigo diversas exigencias: la aceptación de un conjunto de mitos y costumbres internacionales, la nivelación cultural que deriva del crecimiento de la enseñanza superior y de la presencia de los medios masivos, la eficiencia (la adopción de los valores de la productividad) que arrasa con el árbol totémico de la Idiosincracia, la incorporación creciente de las mujeres a la economía (que recompone a la Familia), la movilidad social y física de grandes contingentes y el crecimiento de la tolerancia. Y lo que se oponga a lo anterior, deja de ser rentable, así viva sobre un nopal devorando a una serpiente.

A esto se añade el debilitamiento de un arma extrema del Estado mexicano, el patriotismo, que en su versión heroica o en su versión chovinista, ha sido a la vida política lo que la fe a la religión, pero que desgasta el uso exhaustivo y monopólico del Estado. Sólo se debe ser patriota cuando el Estado llame a serlo; condénese y reprímase toda manifestación anti-imperialista no promovida por el gobierno. El patriotismo viene a menos, incluso como término de uso corriente, y el nacionalismo popular en su dimensión política deviene esperanza inerme y pasiva, algo nunca en acto y

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

siempre en potencia. Esto conduce a una "secularización" de la política, el eclipse de la actividad religiosa hacia la nación.

En la etapa de 1960 a 1980, el nacionalismo estatal se aleja de modo paulatino de la vida cotidiana de las mayorías e intensifica su rechazo al gran instrumento de la izquierda social, el nacionalismo revolucionario, antes capaz de grandes movilizaciones, pero detenido por la represión a los obreros en 1958-60, y por su dependencia del Estado. La explosión de este periodo, el Movimiento Estudiantil de 1968, es al principio internacionalista y democrática, pero el discurso chovinista del gobierno de Díaz Ordaz obliga a los dirigentes estudiantiles a revisar su política, y a hacerse de una fachada nacionalista, que es pronto actitud orgánica y termina siendo la gran consecuencia cultural del movimiento: la revisión crítica del pasado de México.

En esta etapa al nacionalismo del Estado lo defienden la estabilidad social más ostensible de América Latina, la política de concesiones a los grandes sectores, la influencia ideológica sobre el conjunto de la sociedad y la dignidad de la política exterior: defensa de Cuba, defensa de la Unidad Popular chilena, asilo a los refugiados políticos, adhesión al Tercer Mundo, apoyo al régimen sandinista. Pero las mayorías se alejan progresivamente de este nacionalismo autoritario, ya incapaz de legitimarse a diario.

Sitiado, hostigado, sin prestigios externos, al nacionalismo popular le quedan creencias esenciales: la nacionalidad otorga una psicología intransferible, la vida de cada quien es reflejo del destino colectivo, y el destino colectivo es síntesis agigantada de los rasgos fatales del mexicano. Esto explica los fracasos y por qué, pese al cúmulo de fallas, persiste el optimismo. Si este nacionalismo tiene bases históricas y culturales —la escuela primaria, la Constitución, la fuerza de una conciencia nacional implantada por el acuerdo entre Estado y sociedad—, se ha despolitizado ya, y su acervo sentimental se nutre de las experiencias de familia y sociedad que se confunden con los recuerdos de la industria del espectáculo: las tradiciones que se ajustan a la interrupción de los comerciales. Y la industria alienta el nuevo entendimiento de la realidad, la *americanización*, al tiempo que sigue embotellando sensaciones y situaciones nacionalistas.

[...]

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

V

En la quinta etapa del nacionalismo popular en el México del siglo XX, lo determinante, desde el inicio de la crisis al día de hoy, es la democratización violenta de la vida social, democratización desde abajo, aunque todavía incierta y lastrada por el sectarismo y el culto a la ignorancia que es la gran herencia del anti-intelectualismo. Es una energía opuesta a las generalizaciones clasistas, racistas y sexistas desde arriba, al antiguo y fácil desprecio de las élites a lo popular. Es el rechazo de los panoramas unificadores y un gusto por la fragmentación. Si en el periodo 1960-1980, donde lo básico fue el crecimiento económico y la ampliación del horizonte del ascenso individual, el nacionalismo alimentó la cultura de la impunidad (el lema del autoescarnio y la autocomplacencia: "La corrupción somos todos"), en este periodo marcado por la sobrevivencia, el nacionalismo popular se expresa como rencor antigubernamental, desconfianza, teatralización de la violencia, cinismo y escepticismo respecto al futuro nacional, admiración por la tecnología y sentimientos antiimperialistas manifestados sardónicamente, renovación de la fe en el localismo, pero ya no el pueblito de Azuela o López Velarde, sino en la colonia, el barrio, la banda.

El nacionalismo se expresa en algunos sectores como sentimiento difuso prepotente, no ligado todavía al proceso electoral, sino a la vida cotidiana. En las escuelas, en el trabajo, en el ámbito de las relaciones íntimas, incluso en las reacciones de impotencia general ante la deuda externa, se disemina a la fuerza el conocimiento del país, con sus revelaciones sobre el "genio" y la "inteligencia" de la clase gobernante. La crisis revela la increíble banalidad de la burguesía en el poder, y sus técnicas de "aprovisionamiento de carisma".

Esta democratización parcial o sectorial se le impone a un nacionalismo popular de tradición autoritaria, que debe renunciar a costumbres entrañables. Así, presionado por la concentración demográfica, por la distribución inevitable de información cultural y por las políticas de la sobrevivencia, este nacionalismo renuncia con rapidez insólita a los estereotipos más rígidos de "femineidad" y "masculinidad" —lo que va del aspecto del Indio Fernández al arete de Rigo Tovar—, admite la incorporación masiva de las mujeres al proyecto de nación a través de su ingreso a la economía, abate

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

nociones grandilocuentes: la Honra, el Respeto Inmanente, la Autoridad que no admite respuesta. Al aferrarse la idea de sociedad se modifica la perspectiva de nación.

En este "postnacionalismo" intervienen distintos componentes. Cito algunos:

— la creciente fragmentación de la experiencia colectiva, pese al poder homogeneizador de la crisis;

— la imposibilidad gubernamental de usar el antiimperialismo de las mayorías como "sentimiento oficial";

— la exaltación del localismo;

— la ausencia visible de teorías, lo que tiene que ver con las dificultades para concertar acciones comunes y con la desconfianza a la política;

— el sitio ambiguo o arrinconado del patriotismo en la cultura urbana. Esto, en primer lugar, se relaciona con la pérdida o el debilitamiento del sentimiento religioso de la nacionalidad, con la "secularización del nacionalismo";

— la incorporación masiva de las mujeres a la política y a la economía, lo que erosiona en grado máximo la idea del nacionalismo como esfera de dominio masculino;

— la idea omnipresente del fracaso de la nación oficial.

Excluidas descaradamente por la lógica del ascenso capitalista, las masas, sin estas palabras, y a través de un comportamiento acumulado, ven en sus colectividades a la única nación real. Son los mexicanos que si viajan no es por placer, y si se quedan es porque no tienen otra. A las clases dominantes les obsesiona ser cada día *menos mexicanos* (según los moldes ortodoxos), y a los dominados les importa reapropiarse el gentilicio, ya que sólo se pueden sentir eso, *mexicanos*, con los inconvenientes materiales y las ventajas explicativas del término. Pero esta vez la condición de *mexicanos* exige un acercamiento en detalle, la exaltación de los límites: colono popular, costurera, burócrata, profesionista, ama de casa, chavo-banda, cholo, punk, desempleado, subempleado. Ya se acepta: sin poder adquisitivo no hay glamour, pero de lo que resta es posible extraer diversión y por eso se soportan películas lamentables y reiterativas, chistes al margen de la risa, anotaciones racistas sobre lo popular, aglomeraciones, las humillaciones del discurso populista de la industria de la conciencia.

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

En los espejos distorsionados y denigrantes del "ser nacional", cada quien se contempla como le da la gana, y en la nación de la necesidad no ingresan burgueses y políticos.

En tanto ideología de la superioridad o la singularidad, el nacionalismo es una limitación. Como política de movilización psicológica y cultural en un país vecino de Estados Unidos, es una necesidad que no halla sustituto. La crisis lo ha revelado: luego de las décadas del ascenso cosmopolita, la devolución a la franca pobreza ha mostrado el rostro de una sociedad que no prescindió del nacionalismo porque en el fondo nunca creyó en las alternativas. Hoy, la literatura, la pintura, el teatro, han vuelto a un nacionalismo obsesivo, más libre y más inteligente, desprovisto ya de cualquier pretensión de grandeza o de cualquier tentación de xenofobia, pero nacionalismo al fin. Y no me toca decir, porque no lo sé, si se trata de una técnica de consolación o de la etapa que precede al espíritu universal.

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html